

## Rosa Lozano Durán

### A TIENTAS

Es un día cualquiera, como cualquier otro; es posible que ni siquiera sea fin de semana. Hay mucho ajeteo: gente que viene y que va, personas que se cruzan, prisas. Pero eso no indica nada. Puede que ni sea fin de semana.

Todo está lleno de visitantes que se mueven como inmersos en un fluido; parece un enorme hormiguero anárquico. Las luces siguen igual, blancas y frías, impersonales, dando un aire de asepsia. Y el murmullo que ocupa todo el espacio desde el suelo hasta el techo podría pensarse que también forma parte de la estructura, junto con las papeleras, las manchas de chicle en el suelo y las escaleras mecánicas.

Hay bolsas que corren de la mano de personas que parecen apresuradas, colillas que son arrojadas al piso y aplastadas por muchas suelas, roces de abrigos. Y humos, y voces que se confunden y, de vez en cuando, alguna alarma que salta. Lo mismo de cada día; nada que distinga a éste de otros.

En un principio, ni siquiera sabríamos decir si la afluencia es por la nueva temporada, por las segundas rebajas o, sencillamente, por costumbre. Tampoco nos importa demasiado, en realidad; lo que suceda en el interior de los comercios o ante los escaparates no es asunto nuestro. Nuestra atención va a estar centrada en un sitio muy diferente, que se mantiene en un discreto segundo plano en este lugar: el ascensor.

Y es que es un día como otro cualquiera, con toda esa gente entrando y saliendo y buscando qué comprar, y el murmullo continuo y el plástico de las bolsas que se arruga al chocar con la pared, y los tickets que caen al suelo hechos una pelota minúscula. Indistinguible. Podría haber sido cualquiera.

Y, de repente, el ascensor, cargado de gente, de algún modo pierde la conexión y se queda detenido, a oscuras, entre la primera y la segunda planta.

Tras el primer instante de estupor, se escapa una especie de lamento colectivo. Después vienen los parpadeos, y la búsqueda instintiva de la pared; todos se cercioran de que su primera impresión es cierta: están allí, encerrados y a oscuras, con un puñado de desconocidos. Una situación un tanto diferente a las que están acostumbrados a afrontar y, ciertamente, intranquilizadora.

- *Anda, mira qué bien.*

- *¿Bien? ¿Qué es lo que tiene de bueno?*

- *Nos están dando unos minutos para que nos relajemos... Y, encima, gratis.*

- *Muy bien, pues usted puede quedarse aquí, relajándose, el tiempo que quiera, ¿eh? Pero a mí que me saquen, que tengo mucho que hacer fuera.*

- *Mujer, no hay que ponerse así; sólo intentaba quitarle hierro al asunto.*

- *Yo... Yo... No soporto la oscuridad. Me cuesta respirar aquí dentro...*

La voz está cargada de ansiedad. Hay un movimiento rápido, y alguien se lanza en brazos de otro buscando amparo; el dueño de los brazos recibe a quien se le

viene encima con cierto estupor pero, conmovido por la angustia que demuestra, le deja esconderse contra su pecho, e incluso le rodea con los brazos en un gesto protector. Protector frente a qué, se pregunta. Sólo frente a ideas.

- *No te preocupes, no pasa nada. Mira, la esfera de mi reloj brilla en la oscuridad, ¿ves? Fija tus ojos en ella. ¿Ya más tranquila?*

Ella asiente y suspira.

- *Bien, eso es. Respira hondo y despacio. Ya verás como antes de que te des cuenta ya estamos fuera de aquí.*

- *Pues a ver si es verdad, porque yo no oigo que estén haciendo nada para sacarnos... Y, con la hora que es...*

- *¿Ya quieres que nos saquen? Que nos dejen un poco más, que todavía tengo tensos los músculos del cuello...*

- *¿De verdad le parece a usted gracioso? Se ve que no tiene muchas ocupaciones, ¿verdad? Pues yo tengo una casa que sacar para adelante, ¿sabe? Y llevo aquí carne que no puede estar mucho tiempo fuera de la nevera, y que tengo que guisar, y además tengo aquí al niño, malo, que... A ver, Jonathan, la frente... Le está subiendo la fiebre. Así que, como usted comprenderá, no tengo mucho interés en pasar aquí ni un minuto más.*

- *Ya veo que a usted esto de la relajación no le está haciendo ningún efecto.*

- *Y a usted demasiado, que parece que se le ha quedado el cerebro reblandecido.*

- *Sin faltar, ¿eh? Que yo sólo intentaba bromear para amenizar la espera.*

- *Disculpe, usted, el bromista.*

- *¿Sí?*

- *Usted está cerca de la puerta, ¿verdad?*

- *Efectivamente, apoyado contra ella.*

- *Estupendo. ¿Por qué no intenta darle al botón del timbre?*

- *Hombre, por fin alguien que dice algo inteligente.*

- *Señora, que usted tampoco había aportado mucho hasta ahora, ¿eh?*

- *No es que tenga intención de interrumpir su distendida conversación, pero ¿alguien puede darle al botón?*

- *Sí, sí, yo me encargo. ... Lo que pasa es que no veo nada, compadre. Bueno, pues le iré dando a todos, que mal no va a hacer...*

- *¿Ya le está dando?*

- *Sí.*

- *Pues no se oye nada.*

- *Claro, qué se va a oír... Estas cosas siempre ocurren así. El timbre no sonará por más que apretemos. No se darán cuenta de que estamos aquí hasta... Quizá ni siquiera se den cuenta. Esperemos sólo que no se parta el cable.*

- *¿Qué está diciendo? ¿Quiere hacer el favor de callarse, que me asusta al niño?*

- *Lo siento. Estaba hablando para mí. No me di cuenta de que lo hacía en voz alta.*

- Dios mío, el niño... ¿cómo está el niño? – susurra la chica angustiada, ya mucho menos, a su desconocido protector.

- Jonathan, campeón, ¿qué tal estás? Debes de ser muy valiente porque, de todos nosotros, eres el que está más tranquilo, ¿eh?

Se oye una risa nerviosa infantil.

- Mucha guerra no puede dar, el pobre, con la gripe que tiene. Ay, cariño, toma, límpiate los mocos.

- Y, estando tan malito, ¿por qué no está en la cama? ¿Por qué su madre se dedica a pasearlo por ahí, si no es mucho preguntar?

- Pues sí, es mucho preguntar. De hecho, le agradecería que no se dirigiese más a mí. Usted no lo entiende porque, evidentemente, nunca ha llevado una casa. En vez de meterse donde no le llaman podría tener alguna idea útil, y no dejarle toda la responsabilidad de pensar al joven del fondo. Si es que no está demasiado relajado como para tener ideas, claro.

- Mami, tranquila...

- Cállate un poquito, Jonathan. Y échate para allá, que me das mucho calor.

- A decir verdad, no me interesan lo más mínimo sus situaciones personales ni las conversaciones absurdas que están teniendo, pero que me veo obligado a escuchar. ¿No creen que deberían centrarse en encontrar la forma de salir de aquí? O, si no están muy acostumbrados a este tipo de cosas como pensar, al menos podrían cerrar la boca y dejarnos a los que sí lo hacemos.

- ¿Y usted quién es?

- Como ya he dicho, alguien a quien molestan profundamente sus banalidades. Ya que me veo aquí encerrado, forzado a esperar, al menos no me lo hagan insufrible.

- ¿Pero usted qué se cree? Estamos todos en la misma situación, ¿sabe? Y cada uno hará lo que crea conveniente para pasar el rato, así que hablaré lo que me dé la gana.

- La verdad, señora, no esperaba otra cosa.

- ¿Lleva usted un teléfono móvil?

- Sí, claro.

- ¿Por qué no intenta llamar?

- Ya sabía yo que este muchacho era el único que tenía ideas...

- ¿Y a qué número propone usted que llame?

- Al que aparezca de servicio técnico; tiene que estar cerca de los botones.

- Y, ¿cómo pretende que lo lea?

- La pantalla de los móviles tiene luz; presione cualquier tecla y acérquelo...

Se intuye una mueca en la oscuridad. La señora del niño sonríe.

- *Lo siento, pero mi teléfono tiene la batería muy baja. No voy a poder llamar.*

- *Al menos podría intentarlo.*

- *Le digo que, si pruebo a llamar, se va a cortar; este modelo de teléfono avisa de eso claramente. Sería inútil intentarlo, así que tendrá que pensar en otra cosa.*

- *Esperad; yo tengo mi móvil aquí. El mío no me avisa nunca de nada, pero al menos anda bien de batería. Voy a intentarlo, chaval.*

Se enciende junto a la puerta una lucecilla tenue, anaranjada, que se acerca a trompicones a un lateral.

- *Aquí está, sí señor. A ver, marco... Llamando.*

Hay un levisimo suspiro de alivio, pero inmediatamente vuelve la tensión. Los segundos pasan y no hay respuesta. Súbitamente, la débil luz se apaga. Durante un instante más, se extiende un silencio que nadie parece atreverse a romper, hasta que quien llamaba dice, con desazón:

- *El número marcado no existe.*

La chica, refugiada entre los brazos del desconocido, hunde la cabeza en su pecho, sin importarle perder de vista la esfera fosforescente del reloj; él le da palmadas suaves en la espalda y le susurra, tranquilizador. Ella suspira.

La mujer, sin pensarlo, coge a su hijo del hombro y lo arrastra hacia sí. Mientras tanto, el hombre del móvil sin batería aprieta el asa de su maletín y, un poco más allá, un chico continúa como ha estado desde el principio: con la frente apoyada contra la pared, inmóvil.

*“El timbre no sonará por más que apretemos.”*

Esto tenía que pasar; yo lo sabía. No debería haber venido. Nunca debí... Hay tantas cosas que nunca debí hacer...

Tendría que haberme quedado en mi casa. En realidad, no debería salir jamás; mi casa es mi espacio, es mi útero protector, y escapar de él es lanzarse a las fieras. Intuía que esto iba a suceder; esto, o algo así, o quizá incluso peor. Aquí fuera no estoy seguro; soy un blanco perfecto.

Todo, todo tiene que pasarme a mí. Estoy condenado; la mala suerte me persigue y siempre acaba encontrándome. Al principio quizá podía dudar; ahora, lo sé. Pero mi casa es mi territorio y allí, al menos, puedo amortiguar los golpes. Aquí fuera estoy expuesto, a su merced, y hará conmigo lo que quiera.

El ascensor podría caerse. De hecho, es algo tan fácil... No entiendo cómo no se ha caído ya. Pero supongo que lo hará. O, quizá, se agote el aire. Somos varias personas en este espacio tan pequeño, y no creo que los sistemas de ventilación funcionen si no hay electricidad.

Y, entonces, se acabó todo. Estaré muerto. Me gustaría poder mirar para ver quién me llora. Supongo que alguien me echará en falta. O quizá no.

Me pregunto si sentiré dolor. Supongo que sí, mientras muero; pero ¿después? ¿Será el fin de todo, o continuará la agonía?

*“No soporto la oscuridad.”*

La oscuridad me da pavor. No es por lo que no pueda ver, sino por el hecho de no poder ver. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir y todo sigue igual, y tengo la sensación de que las vísceras se retuercen dentro de mí. Me invade una angustia tan profunda que sólo quiero gritar... Ya sé que no tiene mucho sentido, que es irracional, pero me cuesta horrores controlarlo. Cuando, de repente, todo se ha quedado a oscuras... No sabía que hacer; pensé que me iba a poner histérica, que perdería el control. No es la primera vez que siento una ansiedad así, y ya sé que anula casi por completo mi sentido del ridículo.

Yo no quería lanzarme en brazos de un desconocido, pero ha sido instintivo. Menos mal que él no me ha apartado ni ha sido brusco porque, si no, los deseos de que me tragase la tierra hubieran superado incluso a la ansiedad. La verdad es que ha sido un gesto bastante vergonzoso; cuando se enciendan las luces de nuevo, no sé a dónde voy a mirar.

No puedo recordar su cara; juraría que me ha sonreído al entrar, pero no consigo visualizar sus rasgos.

Ahora me siento mucho mejor; incluso podría decirse que estoy tranquila. Quiero que nos saquen de aquí, claro, pero no tengo la urgencia de antes, y respiro con normalidad. Está siendo muy amable.

Tampoco es algo racional, pero me siento protegida. Él me tiene abrazada; yo apoyo la frente contra su hombro. Noto su olor, y su respiración pausada. Huele muy bien, a una colonia de hombre que no consigo identificar; cuando salgamos de aquí, la buscaré. Me abraza con naturalidad, como si no se sintiese incómodo ni extrañado, como si abrazar a quien lo necesita fuese de lo más normal.

Me habla bajito, para que yo sepa que es sólo a mí. Tiene una voz suave y profunda. Lo hace con mucha calma, mientras me da palmadas leves en la espalda, y me dice justo lo que necesito oír; es como si hubiese nacido para esto. O, quién sabe, quizá para mí.

Eso sería muy romántico: conocer al hombre de mi vida de este modo. Bueno, ¿quién sabe? ¿Por qué no?

De cualquier manera, sea para mí o no, ahora mismo su pecho es mi salvación, así que ya puede ser un hombre casado y con familia numerosa, que yo no tengo la menor intención de soltarle.

*“Yo tengo una casa que sacar para adelante.”*

Desde luego, hoy no es mi día. Primero, el crío malo, que no lo puedo mandar al colegio con esa fiebre; y, claro, qué voy a hacer yo, si comprar tengo que comprar, con niño o sin él. Total, tirando del niño toda la mañana; que, para colmo, con la gripe está más atontado que de costumbre, así que llevo un retraso... Y, ahora, esto. Para cuando llegue, ya ha terminado el programa de la Campos, seguro. Ni un rato para sentarme, me va a quedar. Y a ver qué porquería preparo para comer con tan poco tiempo. Sólo espero que encima no se me quejen...

A ver si nos sacan pronto. Además, el hombre éste que va de gracioso al final me va a hacer perder los nervios. No soporto a la gente así, que tiene que ser el centro siempre; en vez de estar pensando en salir de aquí, como el chaval ése, que es el único que ha dicho algo con sentido, pierde toda la fuerza en intentar hacer chistes malos. De lo único que me alegro es de que nadie se ría; a ver si así aprende a cerrar la

boca. Conmigo, desde luego, la ha llevado clara desde el principio. Espero que ya se haya dado cuenta de que a mí, bromitas, ni una.

Y luego está el otro, el de los aires; se pensará que él nació por un sitio distinto. En vez de tanta palabrería podía hacer algo, si tanto le molesta la compañía. Al menos podría haber usado el móvil, porque eso de la batería no se lo cree ni él; este tipo de gente es así, que cuanto más presume, más le cuesta gastar. Pues allá él, porque yo no me pienso callar para complacerle, eso está claro.

El chico es el único que parece apañado, que no se mete con nadie, y hasta tiene la intención de ayudar. Si no tuviese que estar ocupándose de la niñata ésa que se ha puesto histérica en cuanto se ha ido la luz, claro, más podría hacer; pero bueno, al menos ha conseguido que no se pusiera a gritar, que ya es de agradecer.

Como no nos saquen pronto de aquí, hoy comemos palitos de merluza.

*“Yo sólo intentaba bromear para amenizar la espera.”*

No entiendo a qué viene tanta tensión, vaya. No pasa nada; sí, el ascensor se ha parado, y sí, estamos a oscuras... Pero no creo yo que sea un drama; cosas peores pasan todos los días. Sólo es cuestión de tener paciencia, y si podemos echar unas risas... Digo yo... Pero parece que soy el único aquí con sentido del humor. Menos mal que yo me basto y me sobro porque, si no, ya me habría echado a llorar. Con vaya panda me ha tenido que tocar.

Por un lado, la señora ésta del niño griposo, que no podía ser más desollada ni aunque la hubieran hecho por encargo; me da pena el crío, porque lo de la fiebre se pasa, pero tener una madre así... Luego está el borde pedante, que sólo habla para pedir silencio; sobran las palabras... Y el chaval, que mucha idea práctica, pero con la edad que tiene ya podría tener un poco más de gracia, que cualquiera diría que está en un funeral. Y ya sólo me faltan, para completar el cuadro, la muchacha del ataque de pánico y el cenizo que está concentrado en esperar que el ascensor se caiga. Fantástico, ¿eh? Podríamos formar un grupo flamenco.

Pues nada, resignación, qué le vamos a hacer. La próxima vez que me quede encerrado en un ascensor, ya tendré más suerte.

Ahora, eso sí, cuando esto lo cuente en la peña, ¡lo que nos vamos a reír! Como si lo viera...

*¿Por qué no intenta darle al botón del timbre?*

Es una situación surrealista, simplemente. No digo que no tenga su punto de interés, desde luego, pero... Por hoy, podríamos dejarlo aquí.

De todas formas, mucho me temo que ya no llego a tiempo a la piscina. En fin... Mañana será otro día. Nadaré media hora más, mañana y el día siguiente, y así habré recuperado lo de hoy.

Deberían sacarnos ya; empiezo a agobiarme de estar aquí encerrado. No es sólo por estar quieto y a oscuras; es, sobre todo, por el ambiente aquí dentro, que se está volviendo irrespirable. La gente pierde la calma con demasiada facilidad. Todos tenemos cosas que hacer y preferiríamos estar en otro sitio, eso está claro, pero no tiene sentido tomarla los unos con los otros, porque el de al lado no tiene la culpa. No sé; es, en cierto sentido, frustrante ver la reacción de las personas ante determinadas situaciones. Sobre todo, agresiva, y en absoluto práctica. Si realmente dependiera de nosotros el que nos sacasen de aquí, no las tengo todas conmigo de que no

termináramos devorándonos los unos a los otros antes de desaparecer para siempre de la faz de la Tierra.

En realidad, mirado fríamente, casi resulta cómico. Ya lo dijo Horace Walpole: “La vida es una comedia para los que piensan, y una tragedia para los que sienten”. Y qué razón llevaba. Aquí cada cual está centrado en lo suyo: la señora del crío, en desahogarse con el primero que se le ponga a tiro, porque ella es muy sufrida y no merece estar aquí; el caballero que se siente molesto por las conversaciones vanas, en indignarse, me temo que por todo en general, porque él, sin duda, no nació ni fue educado para verse en esta situación; el hombre que está cerca de la puerta, en demostrar lo gracioso que es, y cómo es capaz de mantener el sentido del humor incluso en estos momentos; la chica ésta, en mantener la calma. Y en apretarme, también. Supongo que me aprieta para mantener la calma. Luego está el otro chico, que está muy callado, pero por lo único que ha dicho deduzco que está sumido en sus propios pensamientos, y que éstos no son muy alegres. Y me falta el niño, claro. Me pregunto que pensará él. Apuesto a que también internamente está siendo el más racional.

*“No me interesan lo más mínimo sus situaciones personales ni las conversaciones absurdas que están teniendo.”*

Yo ya dije, en su momento, que alquilar la plaza de parking aquí no era buena idea; sabía que me expondría a situaciones desagradables. Esta es la prueba de que no me equivocaba. Fue mi mujer la que se empecinó, porque no quedaba lejos del despacho, y el precio estaba por debajo del de los aparcamientos del centro; pero es que, evidentemente, el que sea más caro te da unas garantías. Mañana mismo encargo que me busquen plaza en un sitio decente, porque me niego a volver a verme envuelto en una comedia como ésta.

Desde luego, es indignante. En cuanto salga de aquí, lo primero que pienso hacer es poner una reclamación. Esta clase de cosas sólo pasan en este país, subdesarrollado y de vagos.

Y ya el colmo es tener que soportar la cantinela de la gentuza ésta; no sé cómo no se dan cuenta de que resultan ridículos. Calladitos, al menos, disimularían un poco. Pero si pudieran ser conscientes de eso quizá no fueran unos necios.

Nada más llegar al coche, llamo por teléfono y que me consigan esa plaza de aparcamiento, cueste lo que cueste.

*Mami, tranquila...*

Justo cuando quieres ponerte malo, nunca te pones. Y luego, cuando hay algo importante que no te puedes perder, vas y te despiertas con fiebre. Es un rollo. No sé por qué funciona así, pero es un rollo. Y ahora, ¿quién estará jugando en mi lugar?; espero que lo haga bien, porque los de 5º C son bastante buenos, y no va a ser fácil ganarles.

Al principio, me he asustado un poco, pero en seguida se me ha pasado. Cuando apagas la luz hay lo mismo que cuando la tenías encendida. Y, además, no estamos solos, y siempre es mejor estar con alguien si te quedas encerrado en un ascensor. Yo me alegro, sobre todo, de que esté el señor que hace gracias, porque es muy divertido, aunque a mi madre no le guste y le grite.

Mi madre grita siempre mucho cuando se enfada. No me gusta que grite pero, sobre todo, odio que le grite a la gente en la calle, a los dependientes de las tiendas o a las cajeras o a quien sea, porque me da mucha vergüenza, y nunca sé qué debo hacer

ni a dónde mirar. Me da vergüenza de que mi madre les hable así, y me da pena por ellos.

- *Bueno, no hay que alarmarse; seguramente, la central habrá cambiado de teléfono, y no han actualizado la placa.*
- *No comprendo cómo puede usted decir eso como si se tratase de algo lógico; si eso es cierto, sería para ponerles una denuncia que se les cayese el pelo.*
- *A ver; yo no digo que sea lo lógico, pero no me extrañaría que fuese así. Y, de todas formas, ahora mismo tanto nos da.*

- *¿Está seguro de que ha marcado bien?*

- *¿Se sentiría más confiada si lo intentara usted misma?*

- *Pues mire, la verdad es que sí, pero con todas las bolsas y el niño no estoy como para andar haciendo virguerías.*

- *Desde luego, es absolutamente indignante que aún nos tengan aquí. ¿Pero es que en este país nadie trabaja?*

- *No tenga usted prisa, hombre, que es la hora de la cervecita... Hay que entenderlo...*

- *Pues lamento sobremanera no ser tan comprensivo como usted, pero quienquiera que sea el responsable de que esto se esté prolongando me va a tener que oír.*

- *Pues en eso sí que estoy de acuerdo; las cervecitas, cuando se termine el trabajo. De esto, desde luego, habrá que quejarse. Porque seguro que ninguno de ellos viene luego a mi casa a hacerme la comida.*

- *Caballero, habrá que tomárselo de otra manera porque, al fin y al cabo, todos estábamos dando una vuelta por aquí, así que tampoco creo que nos corroyera el estrés...*

- *Mire usted, yo no estaba dando ningún paseo, ¿me oye? Yo iba camino de mi coche, que está aparcado en el parking de la azotea, desde mi despacho; y, de no haber sido por eso, nunca, le digo, podría haberme encontrado aquí.*

- *Lo dice como si estar aquí fuese un delito.*

- *No tengo entendido que sea violar la ley, si esa es su pregunta.*

- *Yo no le he preguntado nada.*

- *En ese caso, lamento haber malgastado tiempo y palabras.*

- *Si van a pegarse, avísenme, que me aparte y aparte al niño.*

- *Usted entreténgase en pensar qué va a hacer de comer con el poco tiempo que le va a quedar y deje de calentar el ambiente.*

- *A mí no me hable así, ni se meta en mis asuntos. Haré de comer lo que me venga en gana, y no habría nada que calentar si ustedes dos no se estuviesen comportando como dos...*

- *¿Cómo dos qué?*

- *¿Para qué lo pregunta? ¿Es que no tiene suficiente imaginación?*

- *No es eso, es que he decidido hacer un estudio acerca de las limitaciones del vocabulario de las marujas.*

- *A mí no me falte, que le voy a partir la cara.*

- *Oye, muchas gracias por todo.* – Susurra la chica hacia el cuello que nace cerca del hombro en que está apoyada.
- *No hay por qué darlas.*
- *Sí, claro que sí. Si no hubieses estado tú, no sé qué habría hecho.*
- *Habrías estado bien, seguro. Si no pasa nada.*
- *No, no es verdad. No habría estado bien. Y todos los demás habrían estado peor, también. Menos mal que estabas aquí.*  
Él ríe un poco, suavemente, por lo bajo.
- *Me estás pintando como el héroe de la película.*
- *Para mí, has sido algo así.*
- *Pues seguimos aquí encerrados, así que menuda birria de héroe...*
- *Seguimos encerrados, pero ahora no importa... No importa tanto. No sé qué habría sido de mí...*
  
- *¿Que me va a partir la cara? ¿No le da vergüenza decir esas cosas delante de su hijo?*
  
- *Son ustedes una panda de palurdos patéticos... ¿Por qué no se hacen un favor y se callan?*
  
- *De verdad, menos mal que estabas tú... Ahora me siento... Siento...*

Y, tan súbitamente como se apagó, la luz vuelve a encenderse. Se hace un silencio absoluto; durante unos momentos, tan sólo hay parpadeos y miradas desorientadas. Todos se recomponen, vuelven a ponerse derechos y se esfuerzan por aparecer dignos en el espejo. El ascensor arranca, dispuesto a terminar el viaje que empezó hace ya demasiados minutos.

Mientras tanto, para la gente que se deja llevar como parte de un fluido, continúa siendo nada más que un día cualquiera. Cuando las puertas del ascensor se abran, liberando así a siete personas, éstas se unirán al flujo incesante, y tratarán de que vuelva a serlo también para ellas.